

Discursos, organización y liderazgos: rasgos comunes en la diversidad. Notas para aproximarse a los movimientos indígenas en Latinoamérica.

Isabel de la Rosa Quiñonez.

Cita:

Isabel de la Rosa Quiñonez (2007). *Discursos, organización y liderazgos: rasgos comunes en la diversidad. Notas para aproximarse a los movimientos indígenas en Latinoamérica. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-066/1180>

DISCURSOS, ORGANIZACIÓN Y LIDERAZGOS: RASGOS COMUNES EN LA DIVERSIDAD
NOTAS PARA APROXIMARSE A LOS MOVIMIENTOS INDÍGENAS EN LATINOAMÉRICA*

*Indio solo es como hebra de poncho, que fácilmente se rompe;
a indios unidos, como poncho tejido, nadie podrá doblegar.*
Dolores Cacuango

Los cambios económicos registrados durante la llamada “década perdida” en Latinoamérica parecen sobrevalorarse en las explicaciones que, de manera causal, intentan dar cuenta sobre el origen de las movilizaciones indígenas que durante la década posterior, los años noventa, se expresaron de manera relevante en distintas partes de la región. Sin embargo, hoy cabe preguntarnos qué nos aportan este tipo de explicaciones: ¿en realidad resulta relevante para el análisis de un proceso social de este tipo el precisar los elementos estructurales que permitieron su manifestación? o, por el contrario, ¿debemos privilegiar el desarrollo de otro tipo de explicaciones que apuntan hacia el análisis de las movilizaciones sociales según su desarrollo histórico en un contexto específico?

La respuesta a dichas interrogantes depende en mucho del enfoque teórico desde el cual nos aproximamos al estudio de un proceso social. Sin duda, es evidente que, tras una revisión de los principales aportes teóricos para el estudio de los movimientos sociales, y de los movimientos indígenas en particular, los trabajos desarrollados sobre los casos registrados en América Latina resultan, por lo menos, inacabados. Ante la abundancia de estudios de caso o monografías de las movilizaciones, se adolece la existencia de análisis sistemáticos que, a partir de la comparación de distintos procesos –aún de los casos extremos–, ponga a prueba las hipótesis que con afán generalizador han arrojado todos estos trabajos; ya sea que apunten hacia los elementos detonantes de las movilizaciones sociales o hacia la forma en que estos se desarrollaron.

Como bien señala Guillermo Trejo, los que tratamos de hablar sobre el tema, construimos una serie de proposiciones fundadas endeblemente en la aceptación casi incuestionable de las “comunidades epistémicas relevantes”¹ ya existentes, sin mediar en ello una investigación profunda sobre la viabilidad empírica de sus postulados.

* Isabel de la Rosa Quiñones, alumna de la Maestría en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ Véase Guillermo Trejo, “Etnicidad y movilización social. Una revisión teórica con aplicaciones a la “cuarta ola” de movilizaciones indígenas en América Latina”, en la revista *Política y Gobierno*, Vol. VII, núm. 1, Centro de Investigación y Docencia Económicas CIDE, México, primer semestre de 2000, Pág. 245.

En este escrito, si bien es preciso reconocer que no escapamos a este tipo de prácticas, intentamos delinear algunos elementos conceptuales que, a partir de un trabajo previo de seguimiento y análisis sobre la trayectoria de dos movilizaciones indígenas registradas de manera casi paralela en Ecuador y México², nos parecen valiosos por constituir significativas guías para analizar distintos procesos de movilización social, destacándose su empleo en aquellos en los que los principales actores son indígenas.

A partir del reconocimiento que entre ambas movilizaciones se registraron elementos de coincidencia y otros de notable diferencia, tratamos de identificar algunas variables que nos apoyaron en su estudio, con la intención específica de plantear una serie de elementos que consideramos útiles para intentar realizar aproximaciones analíticas en otras experiencias y, en el mejor de los escenarios, contribuir al debate y a la reflexión sobre el amplio espectro de explicaciones existentes acerca de los procesos de movilización social registrados durante el mismo periodo en Latinoamérica.

En este interés, por principio se abordan las diferencias básicas observadas entre un movimiento y otro, ya que parecen ser más extensas y evidentes, a partir de ciertos ejes analíticos de carácter básicamente externo o contextual: el tipo de Estado-nación existente en cada caso, los tipos de organizaciones indígenas que participaron en cada proceso de movilización, las formas de acción desplegadas en cada caso y la influencia registrada por parte de actores externos en las movilizaciones; para después destacar los puntos de encuentro que, no obstante la disparidad de circunstancias, llegaron a manifestarse, y que nosotros destacamos por su relevancia en el desarrollo interno de los movimientos, a saber: el papel de las iglesias en los procesos de concientización social y organización previa de los indígenas, el papel desempeñado por el discurso étnico como fuente de movilización, y la complejidad de las relaciones establecidas entre las organizaciones sociales que participaron principalmente como articuladoras de la acción social, sus líderes o dirigentes y los movimientos indígenas propiamente constituidos como entidades con una identidad más o menos definida.

Tras esta puntualización, presentada como una serie de notas de investigación sobre los casos estudiados, se pone a debate la consideración de lo que conceptualmente se define como

² La base de estas reflexiones se centra en los resultados de investigación obtenidos a partir de la elaboración de la tesis de maestría titulada "Movimientos indígenas contemporáneos en América Latina: Convergencias y divergencias. Análisis de los casos de Ecuador y México", en la que se hace un seguimiento de las trayectorias registradas en el Movimiento Indígena del Ecuador y el Movimiento Zapatista en México, durante los años noventa.

movimientos indígenas, hasta llegar, en última instancia, a una valoración de las herramientas teóricas que en los casos de Ecuador y México resultaron viables para formular explicaciones sobre los procesos registrados, intentando enumerarlas con el propósito de reconsiderar su utilidad para quienes intentan realizar aproximaciones similares a procesos sociales de características semejantes.

1. Los desencuentros

Al abordar las movilizaciones indígenas registradas en México y en Ecuador durante los noventas, una primer mirada arroja como obviedad inmediata la diferencia existente entre los contextos y dimensiones de cada proceso social.

Así, se destaca que mientras en el caso andino se registró una movilización nacional enmarcada por la presencia de un Estado débil estructuralmente hablando, y en contraparte la existencia de una organización social desarrollada desde por lo menos una década antes y bastante consolidada al momento de las primeras movilizaciones. En el caso mexicano nos encontramos con un conflicto circunscrito en términos reales al ámbito local de una parte del estado de Chiapas, que si bien tuvo alcances nacionales e internacionales, no logró coordinar movilizaciones sociales que por su magnitud y acciones, consiguieran paralizar a la nación completa. Aparejada a esta circunstancia, en el zapatismo la confrontación se dio con un actor estatal totalmente distinto al que enfrentaron los ecuatorianos. En los noventa, el Estado mexicano, se veía a sí mismo constituido como una institución sólida y fuerte en comparación con otros organismos públicos latinoamericanos, y esta noción era compartida por la mayor parte de la sociedad mexicana.

Un factor más que se agrega a estas diferencias en el contexto, es un hecho innegable y que determinó que la movilización ecuatoriana fuera más vista bajo su carácter étnico, que la registrada en México, ello fue el peso relativo de la población indígena en el conjunto de las sociedades nacionales que las circunscribieron. Si bien, en términos absolutos la población indígena ecuatoriana es sin duda menor al número de indígenas mexicanos, su peso relativo en comparación con la sociedad nacional ecuatoriana, estimado entre la tercera parte de la población total, fue diametralmente distinto al caso mexicano.³

³ Fabiola Escárzaga señala que los censos de la población indígena en América Latina llegan a presentar estimaciones muy limitadas al circunscribir el reconocimiento de la identidad india al dominio de una lengua indígena. Sin embargo, apunta que, si se utilizaran criterios más amplios, en el caso del Ecuador (con base en un

Los indígenas ecuatorianos constituyen la primera “minoría” en su país, por lo que su peso político y social en la organización de la sociedad ecuatoriana es un factor clave para la garantizar las condiciones de reproducción social de dicha nación. En el caso mexicano, los indígenas ocupan un porcentaje del 10% en términos relativos en comparación con la población total del país, que cada vez se ve más disminuido a causa de las migraciones indígenas hacia los Estados Unidos, en la búsqueda de trabajo. El peso político de los indígenas en México antes de las movilizaciones de 1994, era poco valorado por el conjunto de la sociedad nacional, ya que prevalecía la idea de que estos sectores eran fácilmente cooptados por los gobiernos en turno mediante la implementación de programas de asistencia social en las áreas rurales; sin embargo, después de las movilizaciones iniciadas en 1994, esta idea fue sustituida por otras concepciones desde las que se vio a los indígenas como un capital político importante, más por la imagen de pluralidad, tolerancia e inclusión que acompañaba su atención, que por una influencia política real en las esferas del poder.⁴

Ahora bien, tras esta primera reflexión generalizadora, pasaremos a examinar algunas variables que a nuestro parecer arrojan mayores argumentos para sostener estos puntos de desencuentro entre el movimiento indígena ecuatoriano y el movimiento zapatista.

El Estado

Durante los años noventa en Ecuador, el movimiento indígena se desarrolló en un contexto donde la presencia de la institucionalidad gobernante fue mínima, fragmentada y con una historia reciente de cambios abruptos e inestabilidad política, lo cual permitió que al frente del aparato estatal, en el poder ejecutivo, estuviesen militares, representantes de las oligarquías que tradicionalmente han gobernado el país, y hasta grupos golpistas que una vez abiertas las ventanas de oportunidad política, lograron colocarse en posiciones importantes de los gobiernos en turno. En este contexto, el campo social era un terreno idóneo para la conformación de una serie de organizaciones y asociaciones sociales cuyo principal objetivo era la atención de aquellas necesidades inmediatas que el Estado –cuasi inexistente en la vida

estudio de José Matos Mar y Daniel Wermus) la población indígena representaría entre un 24 y un 51 por ciento de la población total en ese país. Véase “La emergencia indígena contra el neoliberalismo”, en *Política y Cultura*, núm. 22, UAM Xochimilco, México, otoño de 2004, Pág. 105.

⁴ Según cifras oficiales, en México la población indígena se estima en 10,253,627 personas, lo que constituye el 10.5% de la población total. En el caso del estado de Chiapas, la población indígena constituye poco más del 10% del total de indígenas registrados en los conteos oficiales en el país.

cotidiana de los ecuatorianos que no residían en las ciudades— no podía o no tenía interés en solventar.

Esta misma característica, una vez conformada la Confederación Nacional de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE), organización indígena que actuó como una de las principales articuladoras del movimiento indígena, configuró las condiciones para su empoderamiento progresivo, el cual fue favorecido oficialmente cuando el gobierno le reconoció como la principal entidad con capacidad para establecer el diálogo y las negociaciones para dirimir los problemas de la población indígena.

La importancia creciente de la CONAIE fue también apoyada por su propio ingreso a las estructuras del Estado, al lograr por la vía electoral que algunos de sus dirigentes formaran parte del poder legislativo, así como en otros niveles del ejercicio de gobierno, al ganar algunos puestos en el ámbito local. Así, la propia *porosidad* de las instituciones que integran al Estado ecuatoriano constituyó un elemento clave en la consolidación y fortalecimiento del movimiento indígena.

En el caso de México, el zapatismo se desarrolló en el marco de un aparato estatal en pleno proceso de modernización neoliberal que, no obstante, contaba con la fuerza suficiente para mantener un control indudable sobre el sistema político. Durante los años previos a la insurrección de 1994, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) tuvo que desarrollar su proceso organizativo en la clandestinidad, lo que limitó los alcances de su trabajo político con la población fuera de los márgenes de su zona de influencia militar. Al salir a la luz la existencia del movimiento, aunque se desarrollaron diversas actividades por parte del EZLN y demás actores relacionados con el zapatismo para apoyar las demandas del movimiento, su legalidad siempre estuvo en entredicho, debido a que el Estado no otorgó el reconocimiento explícito a la organización del movimiento como un interlocutor legítimo. Si bien, durante la década, esta condición permitió al zapatismo la fácil identificación del principal actor antagónico en su lucha (el “mal gobierno”), y a partir de ello, aprovechar una incipiente red de *coaliciones de descontento* integrada con el propósito de constituir un frente social en contra del control político existente, para extender su influencia; al paso del tiempo, esta circunstancia constituyó un elemento que en los hechos fue desgastando sus recursos y modificando sus formas de acción, las cuales se tornaron más simbólicas que contenciosas, hasta llevar a la movilización a largos periodos de latencia.

No obstante que en México también se potenció la organización social a partir del levantamiento de 1994 y la articulación del zapatismo como un movimiento social, a la larga, la modernización del aparato estatal desactivó parte del descontento social existente al ofrecer nuevas alternativas de participación ciudadana que fragmentaron y encauzaron a algunos grupos de presión por vías institucionales para canalizar sus demandas, tales como las nuevas reglas de la lucha política electoral, lo que también contribuyó en el desgaste del zapatismo.

Las organizaciones de los movimientos sociales

Si bien en los casos de Ecuador y México se puede identificar a dos organizaciones de las movilizaciones sociales como los puntos de referencia básicos para rastrear sus procesos sociales correspondientes; el origen, la estructura, el funcionamiento y el desarrollo de cada una constituye un factor de diferenciación importante entre cada caso.

Mientras que en México, el EZLN marcó la pauta para la actuación del zapatismo en sus distintos niveles de articulación social, determinando en muchos casos jerárquicamente los momentos de interacción y los de latencia del movimiento; en Ecuador, la CONAIE actuó más como una gran coordinadora nacional de las acciones que paralelamente se realizaban en cada provincia o cantón indígena, concitando a sumarse en estos actos a todos los ecuatorianos que eran afectados por las acciones gubernamentales.

Una explicación de las distintas formas de participar en las movilizaciones sociales de cada organización tiene relación directa con sus orígenes. El EZLN se creó y mantuvo a lo largo de la década como una estructura militar rígida e intolerante a las críticas y a la disidencia, con una dirigencia difícilmente permeable por actores externos. La CONAIE, por su carácter colegiado y conformada como producto de una red de alianzas entre diversas organizaciones indígenas, permitió en su interior la discusión de las decisiones a tomarse en torno a situaciones clave para la movilización social, además de que su dirigencia (por un acuerdo desde su propia formación), es elegida y renovada cada cierto tiempo por las bases que se encuentran en las comunidades indígenas.

Según la forma de actuar de cada organización, se pueden comprender también sus éxitos y fracasos en el establecimiento de alianzas o vínculos con otros actores, que a la larga apoyarían al movimiento social. En el caso de la CONAIE, sus mismas actividades de coordinación le permitieron establecer relaciones fácilmente con los indígenas y grupos de no

indígenas que se habían mantenido al margen de la organización, logrando de esta forma ampliar las alternativas de movilización, así como explorar otros medios para apoyar las demandas del movimiento indígena.

El zapatismo enfrentó diversas dificultades para potenciar las muestras de apoyo que diversos actores le manifestaron en los primeros años del movimiento. Más allá de las acusaciones sobre sectarismo en la dirigencia; fue evidente que la circunscripción de las acciones del movimiento a las decisiones tomadas por los mandos del EZLN y el Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General (CCRI-CG), a los derroteros indicados en sus discursos (en momentos exitosos y atractivos, y en otros, rígidos, herméticos e intolerantes), fue limitando los recursos del movimiento, provocando diferencias y distanciamientos entre los grupos de apoyo y demás simpatizantes, al grado de registrarse cierto rompimiento –no reconocido públicamente– del EZ con la organización social que en un momento se creó pensando en un posible “brazo político” del zapatismo armado, el Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN).

Las formas de acción

Respecto a los repertorios de acción desarrollados por cada movimiento, en términos generales existen elementos comunes; sin embargo, las diferencias básicas se encuentran en los efectos sociales observados con su despliegue.

En el caso del zapatismo, el principal recurso utilizado fue la elaboración y difusión amplia de un discurso con diversos matices y registros que dotó de una importante visibilidad mediática al movimiento social, mientras que las acciones contenciosas concretas se desplegaron principalmente en la forma de marchas, plantones y la realización de foros de discusión entre los diversos grupos articulados en torno al zapatismo, los que, con el paso del tiempo, fueron menos frecuentes y llegaron a adquirir un peso más simbólico que factual en el movimiento.

El movimiento indígena ecuatoriano también desarrolló un discurso particular que, a la par de los elementos que reivindicaban la identidad étnica, fue enriqueciéndose de otras demandas sociales a medida que se realizaban nuevos *procesos enmarcadores* para adecuar los derroteros de la lucha. Sin embargo, más allá de la extensa producción discursiva de los ecuatorianos, su presencia nacional se consolidó por la coordinación exitosa de una serie de

actos de protesta a escala local, regional y nacional en los momentos de mayor movilización. Desde acciones estratégicas para ejercer presión social como el cierre de las principales vías de comunicación para impedir el abastecimiento de los centros urbanos, la convocatoria a marchas en diversos puntos del país para enunciar una y otra vez sus demandas, la participación en los actos que llevaron a la destitución de tres presidentes, la participación en las contiendas electorales, los pronunciamientos en los foros internacionales mediante el uso de la “política de influencia”, y el ejercicio del gobierno en algunas localidades, la sociedad ecuatoriana pudo de manera cotidiana entrar en contacto con la movilización social.

La gran diferencia en ambos casos radica en que, si bien las dos organizaciones líderes en los movimientos sociales, la CONAIE y el EZLN, lograron convertirse en un punto de referencia social y político obligado en los momentos cuando se trataron de dirimir los problemas de cada país, la manera en que esta centralidad fue lograda por ellas y las movilizaciones que representaron fue distinta: mientras el zapatismo se posicionó en la opinión pública principalmente por la difusión que en la prensa tuvieron sus opiniones, comunicados y posicionamientos sobre diversos temas que afectaban los distintos ámbitos de la vida nacional; el movimiento indígena ecuatoriano logró un reconocimiento social similar, al no sólo estructurar discursivamente las causas de su lucha, sino, también, por el desarrollo de una participación consistente en los actos de protesta y demás alternativas de acción que se le fueron presentando como vías para ampliar su lucha, lo que finalmente le permitió tener una interacción constante con diversos grupos sociales que reconocieron en ellos la legitimidad de su actuación.

Influencia de otros actores

Al abordar las relaciones desarrolladas con otros actores por parte de los movimientos indígenas, habría que partir de una diferenciación entre los actores locales, es decir aquellos que se conducían en el mismo contexto que los movilizandos, y los actores extra-locales o internacionales, como aquellos que desde un marco de referencia distinto llegaron a vincularse con estos procesos.

En el caso de los actores locales, encontramos un comportamiento distinto en cada una de las movilizaciones. Así mientras la CONAIE logró tejer una densa red de alianzas entre distintos actores individuales y colectivos que se sumaron por momentos para apoyar las

movilizaciones; el EZLN, mantuvo una relación de sumo contradictoria con otras organizaciones y actores que trataron de incorporarse al zapatismo. Por un lado les agradecía su apoyo y mantenía un discurso sobre la necesidad de que la sociedad civil se siguiera organizando; y por otro no aceptaba fácilmente a los grupos que de manera autónoma se enmarcaban en el zapatismo para emprender actividades que no estuviesen en sintonía con las políticas desarrolladas por la dirigencia del EZ. Lo que en suma limitó gradualmente el establecimiento de una red consolidada de apoyo al zapatismo.

En el caso de los actores extra-locales, tales como los grupos organizados en otros países, los organismos multinacionales con influencia en Ecuador y México, y otros grupos que en ocasiones se vincularon con las movilizaciones, encontramos que en ambos casos, las organizaciones de los movimientos lograron aprovechar la existencia de un marco internacional favorable para la atención de las principales demandas de su lucha: democracia, lucha contra la discriminación étnica, apoyos en pro de una política del reconocimiento y del multiculturalismo, etc.; lo que fue apoyado por el *efecto boomerang* que produjo el ejercicio de la “política de la influencia” en este ámbito.⁵

Sin embargo, más allá de estas relaciones, la manera en que se mantuvieron y lograron desarrollarse dichos vínculos marca la diferencia entre ambos casos.

En un principio, tanto el zapatismo como el movimiento indígena ecuatoriano utilizaron la escena internacional y a sus actores como medios para difundir información sobre los procesos que experimentaban sus países, y denunciar los casos de abuso registrados por parte de los aparatos estatales. Paralelamente a esta actividad, los dirigentes indígenas y otros miembros del movimiento a quienes se encomendó estas tareas, se dedicaron a explorar y conseguir fuentes de financiamiento para mantener su lucha.

Sin embargo, con el transcurso de la década, los resultados obtenidos en este último objetivo distanciaron a ambos movimientos. Mientras el EZLN fue perdiendo interés internacional, en parte, por sus errores estratégicos en el accionar social y la radicalización de sus discursos; la CONAIE logró darle un giro a sus relaciones internacionales, para presentarse como una de las principales organizaciones gestoras de financiamientos para proyectos de desarrollo enfocados a los pueblos indígenas de su país. Así, el discurso que ofrecía a estos

⁵ La política de la influencia es trabajada por Margaret E. Keck y Kathryn Sikkink en su libro *Activistas sin fronteras. Redes de defensa en política internacional*, Siglo XXI, México, 2000.

actores fue matizado para entrar en sintonía con los principales puntos de atención en que estaba canalizada la ayuda internacional: combate a la pobreza, promoción de la ciudadanía entre los grupos marginados, protección de los derechos culturales, etc.

Es preciso reconocer que, pese a sus limitaciones para lograr desarrollar relaciones internacionales más duraderas por parte del zapatismo, éste mostró una importante capacidad para abreviar de los discursos internacionales con mayor aceptación, e incorporarlos a sus propios marcos de interpretación, lo que le valió estratégicamente para lograr una mayor difusión global del mismo.

Los indígenas ecuatorianos, más que evidenciar la influencia externa en sus discursos, centraron su atención en la vinculación de esos otros actores con las actividades implementadas para fomentar la organización social en la sociedad ecuatoriana, lo que a la larga aseguró una mayor permanencia de la relación entre estas instancias.

2. Los encuentros

Tras referir los principales elementos de divergencia entre ambas movilizaciones indígenas, ahora vale la pena reflexionar en aquellos aspectos que más allá de las diferencias descritas, se presentan como elementos recurrentes en ambos procesos.

Al explorar los orígenes de ambas movilizaciones, un primer signo que llama la atención se relaciona con la larga trayectoria de organización social que ambos traen detrás, asentada en la historia de los pueblos y comunidades indígenas que encabezan los primeros actos de protesta.

El desarrollo de “recursos de movilización” como la formación de asociaciones productivas u organizaciones campesinas experimentado durante los años setenta en el mundo rural latinoamericano, sin duda constituye un punto de partida innegable para quienes tratan de explicarse las causas de las movilizaciones de los años noventa.

El papel de las iglesias en la organización social

A pesar de que recientemente se han cuestionado los motivos que llevaron a las iglesias católica y protestantes a desarrollar desde finales de los años sesenta una serie de acciones que buscaron la organización social de los grupos indígenas en América Latina, haciendo especial

énfasis en la revaloración cultural de su identidad étnica y la convivencia comunitaria.⁶ Lo cierto es que no deja de ser relevante el papel que este trabajo de concientización social y organizativo jugó en la configuración de lo que más adelante serían las principales organizaciones sociales que promovieron procesos de movilización social en la región.

Quizá uno de los elementos más relevantes en ambas movilizaciones sociales fue el papel de la Iglesia católica como promotora de la formación de cuadros indígenas que posteriormente diseminaron las concepciones aprendidas en sus cursos de teología y política entre los miembros de sus comunidades.

Si bien las iglesias protestantes también hicieron lo propio, parece un elemento coincidente en Latinoamérica el desarrollo de una ardua labor pastoral durante los años sesenta y setenta por parte de grupos católicos (básicamente organizados en Comunidades Eclesiales de Base) entre los pueblos indígenas, que fue apoyada, en los casos más destacados, en los postulados de la Teología de la Liberación e interpretaciones marxistas de la historia regional.

En Ecuador y México, tuvo verificativo una acción pastoral de este tipo en dos lugares centrales en la historia de organizaciones como la CONAIE y el EZLN. Para los indígenas ecuatorianos tiene un significado especial la diócesis de Riobamba y la labor por ésta desempeñada bajo la dirección del obispo Leonidas Proaño; mientras que para los miembros de la dirigencia indígena del EZLN, su historia no se puede explicar sin hacer referencia a su relación con los trabajos de la pastoral indígena desarrollada por la diócesis de San Cristóbal de las Casas, durante la tutela del obispo Samuel Ruiz.

Mas allá de pretender explicar el origen de las movilizaciones a partir de ese trabajo religioso, aquí nos interesa destacar como un punto de encuentro entre ambas movilizaciones el hecho de haber experimentado una formación de este tipo, ya que los principales dirigentes de las mismas vivieron este proceso.

Intentando vincular de manera más directa esta experiencia con los elementos específicos puestos de manifiesto durante las movilizaciones indias, cabe destacar dos aspectos: la valoración de la organización social como fuente del cambio social y político por parte de estos actores; y el desarrollo de un discurso singular que, probablemente como

⁶ Véase al respecto el trabajo de Roberto Santana, *Les Indiens d'Equateur, citoyens dans l'ethnicité?*, Centre National de la Recherche Scientifique CNRS, París, 1992. También se puede consultar como fuente de otras referencias bibliográficas sobre el tema, el trabajo de Guillermo Trejo mencionado en la nota 1 de este trabajo.

herencia de la formación religiosa de los líderes indígenas, fue enmarcado a partir de una serie de pronunciamientos éticos y morales que en muchos puntos se asemejan al discurso religioso de la Teología de la Liberación.

La influencia religiosa en la construcción de nociones como la dignidad de ser indígena y de ser pobre, la comprensión de la inmoralidad de la opresión y, en general, la búsqueda de un mundo más justo, apuntan a confirmar que, si bien, los indígenas siguieron su propio camino, ello no significó su rompimiento con aquellas ideas que les permitieron en un primer momento estar concientes de su realidad y de su papel en el mundo, lo que en su momento quedó en evidencia mediante las maneras de autorrepresentarse desarrolladas en el movimiento social.

Los discursos como fuente de movilización

En continuidad con el argumento arriba expresado, otro punto de contacto entre el movimiento zapatista y el movimiento indígena ecuatoriano puede considerarse a partir del análisis sobre la función que desempeñaron sus marcos discursivos durante las protestas y demás acciones contenciosas.

Lejos de señalar la existencia de un discurso movilizador en el sentido de un recurso para la acción “mágico” que por sí mismo provocó la realización de actos de protesta, aquí nos interesa atender su carácter de *marco interpretativo*, en tanto que no originó las movilizaciones, pero sí les ofreció un “ropaje” específico que les dotó de una identidad colectiva a quienes participaron en ellas, les dio sentido a sus esfuerzos, y logró sumar a su causa a otros actores no vinculados originalmente con ese proceso.

En ambos casos hay sin duda diferencias en la importancia que se le dio al papel del discurso dentro de la movilización, pero también hay contenidos coincidentes que más allá de la diferencia en los términos utilizados, parecen concurrir en los significados que denuncian la dominación, el sometimiento, los sentimientos de ultraje y despojo, y demás experiencias morales que los indígenas en primera instancia, y los grupos marginados han experimentado bajo los sistemas de dominación en los que viven. Esa *gramática moral* que Axel Honneth concibió como una de las fuentes de los conflictos sociales, en este caso proporcionó el marco propicio para que *otros* pudieran comprender por qué se movilizaban los indios, y decidieran

apoyar ese esfuerzo, dotando así de un carácter social a las movilizaciones que en un primer momento fueron consideradas como eminentemente étnicas.

Además del discurso moral, se crearon marcos éticos, donde los imperativos rectores fueron la inclusión, la tolerancia, el respeto a la diversidad, el combate a la corrupción, entre otros. El *Mandar obedeciendo* zapatista y el *Ama quilla, ama llulla, ama shua* (no ser ocioso, no mentir, no robar) reivindicado por los indígenas ecuatorianos, dan una muestra clara de esta pretensión de refundación de las sociedades en las que las movilizaciones se desarrollaron.

Otro punto de encuentro en los discursos de estas movilizaciones fue la transformación que ambos registraron ante la necesidad de ampliar los márgenes de inclusión y de acción de los movimientos. Así, el viraje hacia los discursos más populares, la identificación de enemigos globales como “el neoliberalismo” y la sintonización de sus marcos de interpretación con los discursos globales sobre la democracia y los Derechos Humanos, son una muestra de los *framing processes* desarrollados en estas movilizaciones sociales.

La simbiosis de las relaciones entre las organizaciones y los movimientos sociales

No obstante que en la parte donde abordamos las diferencias entre el movimiento indígena ecuatoriano y el zapatismo mencionamos que las principales organizaciones que participaron y encabezaron las movilizaciones sociales correspondientes contaban con rasgos que marcaron diferencias de fondo en el desarrollo experimentado en cada uno de los procesos analizados, es preciso señalar que también es en este elemento donde encontramos un punto importante de toque entre ambos casos.

La convergencia que nosotros ubicamos entre la CONAIE y el EZLN, en su carácter ambas de organizaciones de movimientos sociales, se encuentra en un nivel conceptual, cuando reflexionamos sobre la pertinencia de abordar ambos procesos sociales a partir de estas entidades. Sin embargo, en lo hechos, es inevitable referir al movimiento zapatista o al movimiento indígena ecuatoriano sin que por momentos parezca que se habla indistintamente de las organizaciones y de los movimientos en los que participaron, considerándolos como si fuesen lo mismo, aunque analíticamente reconocíamos que se trataba de entidades distintas.

Derivado del análisis de ambos casos, nuestra experiencia nos ha permitido delinear una figura que en términos prácticos nos puede ayudar a describir las complejas relaciones que se establecieron entre estas organizaciones y los movimientos de que forman parte.

Planteamos así la existencia una *relación simbiótica* entre la CONAIE y el movimiento indígena ecuatoriano por un lado, y por el otro entre el EZLN y el movimiento zapatista. Tomando prestado el concepto de la biología, nos parece adecuado su uso porque nos permite explicar esa vinculación entre “organismos diferentes en la que éstos sacan provecho de la vida en común”⁷.

Sin pretender afirmar la existencia de una relación meramente pragmática entre ambos elementos, más bien, lo que queremos referir con esto es que, ante la dificultad real de establecer límites entre los movimientos y las organizaciones sociales, es más provechoso entender que la acción de los primeros va aparejada de la actuación de la segundas.

La *simbiosis* como una característica común en ambas movilizaciones probablemente no sea una aseveración novedosa o muy original para quienes por años han estudiado estos procesos; sin embargo, para nosotros adquiere un papel fundamental en la comprensión de cada una de las movilizaciones, así como para la realización de cualquier intento de evaluación sobre la trayectoria consignada en cada caso.

En este sentido, nos parece insostenible hablar de la actuación del movimiento indígena ecuatoriano sin hacer referencia al papel de la CONAIE, o tratar de entender los desarrollos alcanzados en el discurso del movimiento zapatista, sin ahondar en las decisiones de acción tomadas desde el EZLN. La importancia de las organizaciones de los movimientos sociales en ambos casos no solo radicó en su actuación como recursos para la acción, sino que rebasa esta idea cuando observamos que llegaron a configurarse como los ejes decisivos de la orientación misma que fueron tomando las movilizaciones de que formaron parte.

Sin menospreciar la influencia de otros factores, consideramos que las organizaciones con mayor influencia en el movimiento indígena ecuatoriano y el movimiento zapatista, constituyen una variable muy valiosa para el análisis de ambos procesos, ya que nos permitieron a través de ellas articular un eje para realizar un seguimiento histórico de éstos, elucidar los mecanismos mediante los que se desarrollaron determinados procesos enmarcadores y comprender desde un punto de referencia más o menos estable el tipo de redes sociales que se fueron estructurando dentro y alrededor de las movilizaciones sociales.

Una vez descritos los principales elementos de convergencia que identificamos entre el zapatismo y el movimiento indígena ecuatoriano, a continuación nos gustaría polemizar un

⁷ Ramón García-Pelayo y Gross, *Pequeño Larousse ilustrado 1989*, Ed. Larousse, México, 1988, Pág. 945.

poco con la concepción que en la literatura sobre el tema se ha mantenido de los movimientos indígenas, para después exponer la propia y, posteriormente, destacar algunas de las herramientas que nos parecen pertinentes para realizar este tipo de reflexiones.

3. Sobre el carácter indígena de las movilizaciones

A partir de la identificación de las variables que durante el curso de la investigación que sustenta estas notas, fueron guiando nuestras reflexiones, vale ahora cuestionarse sobre la pertinencia de sostener aún una definición específica para el caso de los procesos de movilización que estudiamos. ¿Qué argumento justifica el mantener esta especificidad, si al final observamos que los elementos examinados durante su estudio son identificables también en otros procesos de movilización que no reivindican una identidad cultural específica como la etnicidad por parte de sus integrantes?

Como alguna vez afirmara Alberto Melucci ante los constantes cuestionamientos sobre los elementos que caracterizaban a los *nuevos* movimientos sociales, probablemente en el contexto en que esos procesos se registraron, su manifestación adquirió el carácter de su época o historicidad; sin embargo, a su parecer no había nada que realmente los distanciara en términos generales de las otras movilizaciones que no eran consideradas dentro de esa “ola de cambio” difundida por los teóricos adscritos a los postulados de la Teoría de la Acción Social elaborados por Alain Touraine.

En este sentido, el teórico italiano decía metafóricamente que “una piedra siempre es una piedra más allá de las formas que hubiese adquirido con el tiempo”. Sin negar con esto la necesidad de ir construyendo y validando nuevos enfoques para aproximarnos a estos procesos sociales, consideramos al igual que Melucci, que las movilizaciones estudiadas deben ser comprendidas más en su calidad de procesos sociales complejos, que como luchas étnicas particulares.

Sin duda, el hecho de que una parte importante de los actores que participaron en ellas diligentemente, y también el que una parte central de sus demandas tuviese como eje de acción la defensa de la identidad étnica, constituyen una particularidad central de la que ha partido fundamentalmente su consideración como movimientos indígenas. Sin embargo, lo mismo ha pasado con las movilizaciones promovidas por otros actores colectivos como los sindicatos, las organizaciones campesinas, u otros grupos sociales que en primera instancia se

autoidentifican en términos acotados en relación con la totalidad de la sociedad que los enmarca. Aquí cabría recordar lo que decía Benedict Anderson cuando hablaba de la autolimitación como una de las principales características de las comunidades imaginadas. El caso es que, más allá de este elemento (la identidad étnica), la trayectoria de las movilizaciones sociales pudo ser comprendida a partir de los elementos que ya involucra un concepto general de movilización social.

Sin restar importancia al papel de la etnicidad como un factor clave en las movilizaciones estudiadas, equiparamos su manifestación a los marcos de identidad y significado que en términos generales estructura un movimiento social mediante la interacción de sus miembros y la combinación de sus demandas, expectativas y los elementos recuperados o resignificados pertenecientes a la memoria colectiva. Y, en todo caso, para poder responder a cuestionamientos como los que planteaba Deborah Yashar⁸ sobre la causa de que fuera precisamente el componente étnico el que devenía en itinerario político en estas movilizaciones, nosotros aquí propondríamos un análisis sistemático del contexto histórico y social en que estas se desarrollaron, dado que, como nosotros vimos, el marco con las reivindicaciones étnicas que construyeron las movilizaciones, fue producto –entre otras cosas– de un largo trabajo de organización social entre los grupos indígenas desarrollado años atrás.

Tras esta breve reflexión, valdría la pena ofrecer una definición general sobre lo que aquí entendemos como una movilización social, refiriéndonos con ella al *conjunto de acciones colectivas de carácter contencioso desarrolladas por un grupo social, caracterizadas por ser sostenidas, contar con un grado de organización social suficiente para haber desarrollado un marco interpretativo que ofrece una identidad común a quienes participan en ellas, y que les permite actuar juntos de una forma determinada en torno a una preocupación, demanda o reivindicación específica o a un conjunto de ellas, mismas que son compartidas por el colectivo de que forman parte.*

Como puede observarse, los elementos que ahora destacamos son los mimos que nos ayudaron a comprender con mayor claridad los procesos sociales registrados en Ecuador y México durante los años noventa. *Las organizaciones de los movimientos sociales, los procesos enmarcadores registrados y las formas que tomó la acción colectiva* (o los

⁸ Véase Deborah J. Yashar, *Indigenous politics and democracy. Contesting citizenship in Latin America*, Working Paper No.238, The Helen Kellogg Institute for International Studies/University of Notre Dame, Notre Dame, 1997.

repertorios de acción desplegados), son los tres puntos de referencia a partir de los cuales consideramos que podríamos estudiar movilizaciones similares. Cada uno de estos aspectos podrían ser estudiados mediante variables que abarcaran una caracterización clara del contexto social e histórico en que se ubica cada movilización; el tipo de actores que participan y/o se relacionan con ella, ya sea de manera antagónica como el Estado, protagónica, como las organizaciones de los movimientos sociales, o en otras formas secundarias, como en el caso de la articulación de redes sociales de apoyo; los recursos que –en un sentido amplio– desarrolla y emplea el movimiento para perseguir sus objetivos o para favorecer un acto concreto, tales como la construcción de marcos de interpretación que ofrecen significados e identidad a sus integrantes; y el registro de las distintas formas de acción, institucionales o no, que experimenta el movimiento para desarrollar su lucha.

De la articulación sistemática de estos factores y su correspondiente estudio en otras movilizaciones, consideramos que lograríamos reunir los elementos suficientes para comparar y poner a prueba varias de las observaciones que elaboramos sobre los casos registrados en Ecuador y México. Así, los apuntes y definiciones aquí delineados sobre los temas de desencuentro y de convergencia en ambos casos, podrían dar origen a la elaboración de una serie de argumentos con mayor fundamento como para pretender elaborar algunas explicaciones teóricas de alcance medio sobre los procesos de movilización social registrados en Latinoamérica durante ese periodo.

Aunque actualmente existe una desconfianza admisible ante cualquier intento de ofrecer explicaciones generales sobre algún tema –quizá como uno de los aprendizajes que nos ha dejado la posmodernidad con su crítica acendrada contra los *metarecits* que legitiman la dominación en la modernidad–, nuestro énfasis en la búsqueda de este objetivo tiene que ver con la defensa del sentido que aún tiene para nosotros el seguir construyendo conocimiento social sobre el mundo en que vivimos. En un momento en el que el relativismo analítico se esconde bajo argumentos particularistas que niegan la posibilidad de hacer evaluaciones sobre procesos sociales sincrónicos, argumentando la complejidad de cada uno como justificación para no intentar comprenderlos en su conjunto, aquí creemos que los seres humanos necesitamos tener una idea del lugar en el que estamos parados. Una perspectiva mínima o muy básica si se quiere, pero que más allá de su probable vaguedad nos permita hacer evaluaciones sobre la realidad que enfrentamos y tomar decisiones al respecto. Nos queda

como aprendizaje de este trabajo, una meditada revaloración del papel de la organización social como la base de cualquier cambio en un mundo que por principio, hemos conocido y construido como un mundo social. Así, cerramos este trabajo recordando una frase que enunciaban los indígenas ecuatorianos atribuida a la figura casi ya mítica de Dolores Cacuango: *indio solo es como hebra de poncho, que fácilmente se rompe; a indios unidos, como poncho tejido, nadie podrá doblegar.*